

# Uno de los pibes

Neuza Nascimento

Traducción de Natália Scalvenzi<sup>1</sup>

Universidad Federal de Rio Grande do Sul

Revisión de Willian Henrique Cândido Moura<sup>2</sup>

Universidad Federal de Santa Catarina

Universidad Federal de Rio Grande do Sul

## Sobre la autora

Neuza Nascimento nació en 1959, en Santos Dumont, ciudad del estado brasileño de Minas Gerais. Siempre fue una aficionada de la literatura y de la escritura y, cuando no estaba trabajando como empleada doméstica, les escribía cartas a sus parientes que vivían en otros estados de Brasil. Escribió cuentos durante una década y, tras cuarenta y ocho años trabajando como empleada doméstica, ganó una beca de estudios para escritores. Actualmente, se dedica a la labor de escritora y produce contenido para el portal *Lupa do Bem*, en la sección *Coluna da Neuza*.

## Sobre el texto y su traducción

Este texto ha sido publicado inicialmente en portugués en el volumen 11, número 2, de junio de 2021 de esta revista, bajo el nombre de «*Um dos meninos*». La traducción al español ha sido autorizada por la autora, Neuza Nascimento, y por la editora-jefa de la revista Qorpus, profesora Dirce Waltrick do Amarante, a quienes agradecemos profundamente. El cuento narra la historia de un grupo de jóvenes que (sobre)vive en la calle y trata, específicamente, sobre la angustia de uno de ellos; un chico que no tiene ni siquiera un nombre, lo que evidencia su invisibilización ante la sociedad. La problemática racial y de clase que existe en Brasil es una constante en los textos de la autora. En relación

---

<sup>1</sup> Estudiante de la Carrera de Traducción en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Correo electrónico: nataliascalvenzi@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0003-0363-938X>.

<sup>2</sup> Profesor de Traducción del Instituto de Letras de la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Estudiante de Doctorado en Traductología en la Universidad Federal de Santa Catarina. Correo electrónico: willianmoura.tradutor@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-2675-6880>.

con la traducción del cuento, se utilizó la variante rioplatense del español. Se la puede notar ya en el título traducido de la historia: *pibe* (sustantivo utilizado frecuentemente en Argentina) puede ser un equivalente a *menino*, pero tiene una connotación casi peyorativa, como *moleque* en portugués, que describe a esos chicos por quienes nadie se preocupa.

## REFERENCIA

NASCIMENTO, Neuza. Um dos meninos. *Qorpus*, v. 11, n. 2, p. 277-278, jun., 2021.

## Uno de los pibes

Neuza Nascimento

Los pibes vivían en la calle. Se alimentaban de los restos de comida que los mozos tiraban, por la noche, en los basureros de la vereda.

Todos tenían un vicio y, para mantenerlo, no dudaban en agarrar el bolso del hombro o el celular de algún incauto que caminaba sin darse cuenta del peligro a su alrededor.

Vendían el producto del robo en una villa cerca, donde ya tenían clientes fijos a quienes no les importaba la procedencia de lo que compraban, o se lo vendían a policías del área que eran conniventes con todo.

Así vivían.

Pasaban los días deambulando por la ciudad en grupos o en parejas, dormían por la madrugada y se despertaban cuando el sol iluminaba sus rostros sucios.

Nadie los veía; eran invisibles.

Eran hijos de nadie.

Dueños de nadie.

Por la noche, saciaban el vicio hasta que el hambre y el cansancio los venciera. Entonces, se acomodaban bajo una marquesina, siempre la misma, entre una tienda de zapatos y otra que hacía mucho ya no abría. Se envolvían en cobijas inmundas y entre todos se calentaban, pues, por las madrugadas siempre hacía frío.

Tenían sexo también entre todos, sin discriminación. Chico o chica les daba igual. No sabían qué era el amor. En esos momentos, lo que sentían era deseo, placer, alegría o incluso rabia; se sentían dueños de sus parejas.

Ni siquiera eran amigos. Estaban muy ocupados para la amistad tratando de sobrevivir.

De vez en cuando, uno de ellos salía a dar una vuelta y no volvía. Los demás nunca querían saber qué había pasado. Después de algún tiempo, llegaban a la conclusión de que el desaparecido se había metido en algún lío y lo habían matado o lo habían metido preso en alguna institución para menores infractores. Nunca se les ocurría la posibilidad de que él pudiera haber vuelto a su casa.

En la semana anterior, uno de los pibes tuvo una violenta convulsión y, al rato de esa convulsión, empezó a temblar de frío. Su cuerpo ardía en fiebre.

Al principio, los demás trataron de cuidarlo como podían, pero después se rindieron y se fueron; cambiaron de marquesina. A ninguno de ellos se le ocurrió pedir auxilio. Solo quisieron alejarse.

Al poco tiempo, el enfermo tenía la piel casi pegada a los huesos. Vomitaba sin parar y su diarrea tampoco cesaba.

Las personas pasaban por él y alejaban sus miradas para no ver aquel montecito sucio, envuelto en una cobija, tirado en el suelo.

Estaba solo.

En el tercer día de agonía, alrededor de las seis de la mañana, cuando ya no tenía fuerzas para moverse, abrió los ojos débiles por la deshidratación y vio a una mujer caminando en su dirección. Era una negra fuerte con espinillas finas. Tenía puesta una pollera plisada y florida que le cubría las rodillas. Él no podía ver su rostro.

Cuando la mujer se acercó más, él se dio cuenta de que ella tenía un bonito pañuelo atado alrededor de la cabeza y tiraba de un carrito de compras plegable, en el que había una bolsa de comida para gatos.

Se parecía a su madre.

Pero no podía ser; había sido testigo de su muerte hacía mucho tiempo. La mujer se acercó aún más a él, soltó el carrito y se agachó a hacerle una caricia, desnublando un poco su vista. Sacó de su bolso una botella de agua y lo ayudó a tomarla en pequeños sorbos. Enseguida, sacó del carrito, en el que parecía haber de todo, un paquete de galletitas, aplastó unas en la palma de su mano, las humedeció con un poquito de agua y empezó a ponerlas despacito en la boca del joven. Pero su boca seca y sus labios agrietados hacían que no pudiera comer. Ella lo miró a los ojos y le dijo:

— Dormite un rato, mi negrito, descansa. No te preocupes, ya vienen por vos.

Él la quiso agradecer, pero su voz no salió. Cerró los ojos, se durmió y ella se fue. A las once y pico de la mañana, llevaron el cuerpo frágil y ya sin vida.

Nadie lo extrañó.